

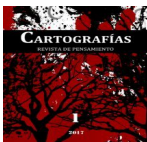
RESEÑA

Catherine L’ECUYER, *Educación en el asombro. Cómo educar en un mundo frenético e hiperexigente*. Barcelona, Plataforma, 2012

FÉLIX PARDO

La lectura del libro *Educación en el asombro*, de Catherine L’Ecuyer, cuya primera edición vio la luz en 2012 y ya va por la 19ª, viene a confirmar por enésima vez dos cosas. La primera, que la educación es un tema que vende. Y la segunda, que es la penúltima gran mentira que queda por desvelar en nuestro sistema social. Hay que felicitar tanto a la autora como a la editorial Plataforma por haber sabido vender una obra sin contenido original como si se tratase de una nueva teoría pedagógica, sobre todo mediante la sugestión de un título con gancho, un índice sencillo y una división temática que facilita su lectura en el mundo de locos que hoy nos define. El propio título hace mención de ello.

Pero si la autora hubiera leído a pedagogos como Alexander S. Neill, Paulo Freire, John Taylor Gatto, Rebeca Wild o Francisco Tonucci —ninguno de ellos incluido en la bibliografía—, entonces habría podido escribir otro libro, con un título del tipo de “Cómo enseñar en una escuela sin perder la vocación”, del estilo de *Cómo conseguir una empleada del hogar comprometida sin morir en el intento* (EIUNSA, 2010), escrito por la misma autora¹. Porque habría llegado a la conclusión de que no se puede educar en un mundo de locos. Sí se puede enseñar, instruir, adoctrinar, domesticar, adaptar..., pero no educar, si por educar se entiende humanizar y facilitar el desarrollo de cada persona en armonía con su entorno social y natural. ¿Cómo se va a humanizar en un mundo deshumanizado sin caer en una nueva versión del dualismo platónico: la fea realidad social, con sus miserias materiales, y la bella realidad escolar, con sus fines

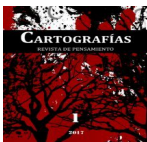


ideales? ¿No tendríamos primero que transformar la sociedad, erigiendo una economía y una política pensadas para las personas, para después dedicarnos a educar a personas, en lugar de fabricar piezas para incorporarlas al engranaje de la maquinaria capitalista?

Basta con mirar el *currículum vitae* y el perfil profesional de la autora (licenciada en derecho en la Université Laval, Québec; Máster del IESE y de la UIC de Barcelona, consultora y formadora en empresas, algunas de ellas multinacionales...) para darse cuenta de que *Educar en el asombro* es un discurso bienintencionado pero irrelevante para operar un cambio de paradigma educativo. La autora, en realidad, ha utilizado sus círculos de influencia y ha echado mano de un eficaz *marketing* de la marca "L'Ecuyer" para convertir sus reflexiones en una nueva teoría pedagógica. Porque su libro se basa únicamente en una experiencia personal limitada a las escuelas del Opus Dei, obviando todo tipo de estudios de casos y la comparación de sus reflexiones con experiencias educativas y comunitarias diversas. Un déficit empírico que no se puede compensar con la bibliografía pediátrica y neurocientífica anglosajona que utiliza para justificar sus juicios de valor sobre los males de la educación; males que a su parecer se resumen en un determinado estilo de vida y en el impacto de las nuevas tecnologías, que alejan a los niños de esa educación en valores cristianos que la autora aspira a restaurar. A título de ejemplo, léase la siguiente reflexión:

Hemos de preguntarnos si realmente es necesario, por ejemplo, que los niños pequeños aprendan por primera vez a través de las nuevas tecnologías. ¿No existe el riesgo de que nuestros hijos lleguen a confundir el mundo digital con el mundo real? Hace poco, un profesor en un colegio decía a sus alumnos de 6 años: «Hoy no podemos hacer religión porque no han llegado los ordenadores y la asignatura de religión se hace en la pantalla digital». Esos niños pensarán: ¿Es que Dios sólo existe cuando la pantalla está encendida? (pp. 138-9).

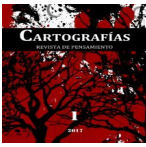
La situación es realmente cómica, aunque para la autora sea una tragedia. Porque, ¿qué mejor medio que el virtual para enseñar un contenido inmaterial del pensamiento humano, la idea de Dios, como ya nos dio a entender Kant en su *Crítica de la Razón Pura*? Aun así, lo que llama la atención es que la autora ponga del lado del mundo real a



Dios, haciendo gala con ello de su teología tomista, que pertenece, como irónicamente dijo Borges, al género de la literatura fantástica, una literatura que encuentra en el mundo digital su mejor recreación. Pero volviendo al asunto que aquí nos ocupa, para validar la hipótesis de L’Ecuyer sobre los males de la educación no encuentro mejor procedimiento que aplicar la metodología popperiana. Para refutar su hipótesis bastaría con que una sola comunidad educativa no cumpliera la descripción de la realidad educativa prevista, al tiempo que reduciría sus pretensiones de innovación pedagógica en torno a unas ideas que parece que la autora acaba de descubrir: las de apego y asombro, y que ella propone como remedios a los males de la educación.

Pues bien, no hace falta buscar en remotas comunidades indígenas. En Cataluña tenemos los grupos de crianza que integran la XELL, una red que en ningún momento se menciona en el libro que aquí comentamos, en los que desde hace varias décadas se viene experimentando un nuevo paradigma educativo basado, como no puede ser de otro modo, en el apego y el asombro, pero también en muchas otras ideas que L’Ecuyer omite en su libro, como el pensamiento crítico, el antiautoritarismo o la coeducación sexual y social, que sistemáticamente se incumplen en los centros vinculados al Opus Dei, y ello a pesar de estar concertados. Un incumplimiento, por cierto, que entra en contradicción con las investigaciones en neuroeducación y cuyas fuentes también se omiten en el libro. Y para ser más concretos, podemos remitirnos a una asociación adherida a la XELL como Xantala, del barrio del Poble Nou de Barcelona.

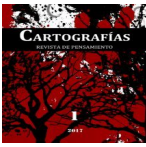
El único asombro que despierta en mí el caprichoso juego de citas y glosas que conforman el libro *Educación en el asombro* es la lucidez de la autora para ver la paja en el ojo ajeno y omitir la viga en el propio. Y digo caprichoso juego de citas y glosas no sólo porque no hay en este libro una sola idea propia, sino también porque un autor debe tener un mínimo sentido del honor intelectual y evitar recurrir a autores situados en las antípodas del propio discurso cuando le son útiles para su fin. Así sucede al reunir a Emma Goldman y a Juan Pablo II en el encabezamiento de la Conclusión. No tengo ninguna duda de que L’Ecuyer ha leído al Papa más reaccionario de los últimos pontificados, vehemente anticomunista e inquisidor de la teología de la liberación; soy más escéptico sobre su interés en los escritos de aquella anarquista que preconizaba el



ateísmo, el comunismo libertario, el antiimperialismo y el feminismo, por cuyas ideas fue repetidamente encarcelada, que colaboró con el gobierno de la República Española y que es autora de un panegírico a Buenaventura Durruti. Antes de apropiarse de una cita ajena para utilizarla en un escrito, el autor debería informarse sobre su autoría. La escritura también tiene su ética y su pudor, y en ella no todo vale.

Por otro lado, ya puestos en los contenidos del libro, comparto con la autora la importancia que concede a la educación de los niños en el respeto a su dignidad, en la atención y cuidado a su desarrollo personal, en la satisfacción de sus necesidades de apego, en el estímulo de su curiosidad, en la protección de los peligros que puedan malograr su maduración. Algo, por otra parte, de perogrullo para cualquier adulto y, en particular, para un educador que no tenga una psicopatía. Pero me parece poco honesto copiar el estilo de Rachel Carson en su artículo “El sentido del asombro” (1965), así como apropiarse sesgadamente de esa herencia sin legado que es el cultivo del sentido del asombro en los niños con el propósito de despertar su amor por la naturaleza, al enfatizar, por una parte, la admiración en detrimento de la interrogación, cuando ambos sentidos son igualmente importantes e indisolubles y, por otra parte, para elaborar un discurso amable y cordial que sirva a fines apologéticos: preparar el espíritu de los niños para la creencia en los misterios a los que se refieren los principales dogmas del catolicismo, como la existencia de Dios y su naturaleza trinitaria, la existencia de un alma inmortal, la resurrección o la virginidad de María. No tengo ninguna objeción a incluir la cultura religiosa en el currículum escolar, como tampoco tengo nada que objetar a la catequesis realizada de forma voluntaria. Pero lo que no es de recibo es presentar de forma subliminal un mensaje religioso en un ámbito escolar. Si, como se dice, la verdad se defiende ella misma, entonces por qué velarla en lugar de revelarla.

Me parece poco coherente, igualmente, que en todo el libro no haya un solo juicio negativo de las prácticas mercantiles de la industria del ocio, de las nuevas tecnologías, de la alimentación o de los fármacos. Igual opinión merece que la autora omita los nombres de las empresas, al tiempo que describe con detalle las consecuencias de tales prácticas en la salud y el desarrollo de los niños y sus implicaciones educativas en el aula y en la vida escolar. Haciendo tal cosa, carga toda la responsabilidad de la mala

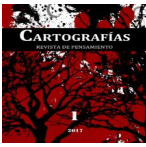


educación sobre la parte más débil, la familia y los maestros, y exime de responsabilidad social a las empresas y sus dirigentes, a la administración y a los titulares de los centros de enseñanza: sin su complicidad o tolerancia, las consecuencias de tales prácticas difícilmente serían tales. Tomemos a título de ejemplo la siguiente cita:

En el mismo documento, se advierte sobre los programas comerciales, como por ejemplo Brain Gym®, fundamentados en la falsa creencia de que se puede influir en los mecanismos neurológicos (...). Hasta la fecha nunca se han podido establecer científicamente que estos programas u otros similares den resultados. (...) Algo parecido ocurre con los miles de juegos, DVD, CD y videojuegos que pretenden mejorar la inteligencia de nuestros hijos y que alimentan la creencia popular al respecto. (pp. 40-41).

Ciertamente, la gimnasia cerebral es otro neuromito que hay que denunciar en beneficio del progreso de la educación. Pero esa falsa creencia ha sido inducida por empresas sin escrúpulos que ven en su fomento un lucrativo negocio. Como, por ejemplo SONY, que tiene, entre sus ofertas de videojuegos, el “Brain Gym APK for Sony” y el “Brain Gym Memory APK for Sony”, a las que L’Écuyer, que también había trabajado como consultora y formadora en la empresa, cubre con un velo de silencio.

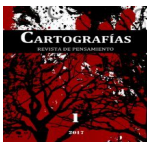
Que la autora no quiera iniciar ninguna campaña de denuncia contra el estamento académico que ampara y legitima ese neuromito (por ejemplo, el curso “*Kinesiología. aprenentatge i integració cerebral*”, organizado por el ICE de la UAB) es hasta cierto punto comprensible si su objetivo con el título es lograr reconocimiento como pedagoga fuera de los círculos habituales de influencia en los que se mueve la marca “L’Écuyer”. Pero lo que me parece una falta de honor a la verdad es que en ningún momento explicita en su libro que son precisamente los centros educativos de la institución del Opus Dei Fomento de Centros de Enseñanza e Institució Familiar d’Educació (además de otros centros vinculados a ese mismo grupo internacional católico, como la Fundación Escuna y la Fundación Arenales en España, o bien la Asociación para el Desarrollo Educativo y cultural (ADEC en Costa Rica) los que de forma más



sistemática están fomentando la gimnasia cerebral en sus programas de innovación educativa. Es el caso del programa *Optimist*, un proyecto de estimulación temprana para los cursos de Educación Infantil inspirado en la idea de Brain Gym®, una idea que está basada en la teoría de Doman y Delacato y que, tal y como afirma la misma autora, “ha sido denunciada más de una vez por la Academia Americana de Pediatría por carecer de fundamentos científicos” (nota 13, pp. 40-41). La razón de esta omisión no puede ser la ignorancia, dado que la autora, según consta en la página de agradecimientos del texto, tiene conocimiento de su aplicación. La lógica de dicha omisión responde más bien al impecable *marketing* de la marca “L’Ecuyer”, que nunca comprometerá las ventas de su producto entre su público objetivo.

El análisis de los males de la educación que aborda L’Ecuyer es tan arbitrario como fariseo. Es como si se culpase a los usuarios del DDT de los efectos perjudiciales para la salud que el producto tuvo por una utilización indebida o indiscriminada y se exonerase de toda culpa, en cambio, a las empresas que lo fabricaban y fomentaban su consumo con engañosas campañas publicitarias. Y hago esta chocante comparación porque fue justamente Carson, en su libro *La primavera silenciosa* (1962), quien denunció a la industria del DDT y en 1969 consiguió arrancar de la administración americana la primera ley ambientalista, la NEPA, precursora de toda la legislación medioambiental americana y europea. Por esto mismo me parece arbitraria y farisea la crítica de L’Ecuyer a los miembros de la comunidad escolar con menos capacidad decisoria, cuando conoce perfectamente los negocios que se llevan entre manos las empresas implicadas.

Por otra parte, el discurso de L’Ecuyer entra en contradicción con su conocimiento de los centros vinculados con el Opus Dei, cuyo discurso pedagógico no es otro que el actualmente hegemónico en nuestro sistema educativo, que consiste en igualar la calidad educativa con los resultados académicos excelentes y con el éxito en la evaluación cuantitativa de las competencias básicas a edades tempranas. No deja de sorprender que L’Ecuyer critique el modelo mecanicista de la educación por su lema “necesitamos niños capaces de encajar en el mercado laboral y económico” (p. 59) cuando a la vez es justamente esa racionalidad instrumental la que dirige la *praxis*

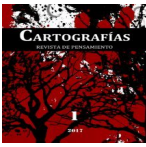


educativa en las escuelas del Opus Dei, avalada recientemente por la ley Wert, que impone el modelo neoliberal en la educación². Sobre todo lo cual, L’Ecuyer guarda silencio.

Este modelo educativo no lo hará cambiar de rumbo ningún discurso bienintencionado, porque dicho cambio sólo es posible a través de una práctica pedagógica rupturista y transformadora. Al fin y al cabo, no podemos olvidar que el actual sistema educativo es otra de las vías de reproducción del sistema social imperante. De ahí que nuestra administración educativa no sólo ponga trabas a la emergencia de proyectos innovadores desde los centros públicos, en la línea de las escuelas nuevas y de los movimientos de renovación pedagógica, que podrían servir de modelos de referencia (por ejemplo la Escola Ciutat Jardí de Lleida o iniciativas más innovadoras, como la que representa la Cooperativa Gredos San Diego), sino que además apuesta por aquellos proyectos convencionales de los centros privados que refuerzan el discurso neoliberal hegemónico. Tal es el caso de la Fundación Escuna, que aplica el pseudocientífico proyecto educativo *Optimist*, basado en el mencionado neuromito de la gimnasia cerebral, y lo implementa en el currículum de Educación Infantil, tanto en sus propios centros, los Kid’s Garden, como en dos centros de titularidad pública, Arco iris y Mini Cole en el municipio de Arroyo de la Encomienda.

Hay que lamentar la oportunidad perdida por el impacto que *Educación en el asombro* habría podido tener en la opinión pública. Pero la lógica del mercado ha impuesto –como constatan las 19 ediciones del libro– un jesuítico examen de conciencia sin ningún efecto práctico, que servirá tan sólo para aliviar el peso de los remordimientos y de la culpa y abrirá una puerta a la esperanza de que otra educación es posible sólo para las comunidades educativas católicas como las del Opus Dei.

No obstante, hay que reconocer que este libro pone en evidencia que el modelo de humanismo cristiano en el que tradicionalmente se ha educado a los niños y jóvenes en colegios católicos está en crisis, al haber perdido la batalla por la hegemonía ideológica frente a la economía de mercado y el consumismo. De hecho, resulta irónico que justamente la institución escolar que más ha promovido el neoliberalismo



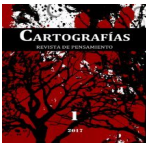
económico vea cómo las disposiciones hacia el materialismo, el individualismo, el hedonismo, el narcisismo, el cinismo y la hipocresía hayan noqueado las virtudes que ella misma promueve, tanto las teologales (fe, esperanza y caridad) como las morales (prudencia, justicia, fortaleza y templanza).

Para el público objetivo de este libro, familias cristianas de clase media-alta que llevan a sus hijos a escuelas católicas elitistas, muchas de ellas concertadas, no les provocará ningún asombro lo que digo: el libro expone un problema que les afecta pero que es de difícil solución, dada la contradicción entre los estilos de vida por los que han optado y algunos de los ideales educativos reflejados en los idearios de los centros a los que confían la educación de sus hijos. Para constatar el problema de la crisis de valores que se vive en muchos de estos colegios, sólo hay que considerar los testimonios y anécdotas que utiliza la autora para ilustrar sus argumentos, entre los que me ha llamado especialmente la atención el siguiente:

Una vez concerté una entrevista con Marta, una maestra de Educación Infantil [que trabaja en uno de los centros de la Institución Familiar de Educación] fuera de serie, y le pregunté si ella veía la pérdida del asombro en sus alumnos. Me entendió enseguida y me respondió lo siguiente:

Definitivamente. Y eso tiene repercusiones en dos ámbitos. Primero el del aprendizaje. [...] Les da todo igual. Eso hace que sea muy complicado transmitirles conocimientos, todo les resbala.

Esta pérdida de asombro también tiene repercusiones en otro terreno. Los niños buscan sensaciones nuevas porque lo cotidiano ya no les interesa. Y como no las encuentran en lo ordinario, empiezan a buscarlas en la transgresión de las normas. Salir de los límites marcados en el patio, romper cosas, tirar comida en el comedor, negarse a obedecer en el aula, insultar a las auxiliares, etc. Me preocupa mucho, entre otras cosas porque cuando sean adolescentes, harán cosas mucho peores... (pp. 81-82).

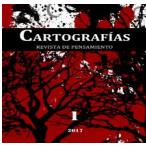


Pero como el libro puede caer en manos de cualquier lector, como ha sido mi caso, además puede provocar perplejidad que con lo expuesto hasta aquí, en todo el libro no haya ninguna afirmación explícita sobre dicha crisis, más allá de unas pocas citas en las que se da a entender que la pérdida del asombro conduce a la pérdida de la fe, y con ella, de los valores de la moral cristiana. Destaco esta de Juan Pablo II, tomada de la encíclica *Fides et Ratio*:

Sin el asombro, el hombre caería en la repetitividad y, poco a poco, sería incapaz de vivir una existencia verdaderamente personal (p. 157).

Pero, ¿por qué el asombro, y no cualquier otra cualidad para restaurar la educación moral cristiana, inmersa en una perenne crisis de valores desde la década de los sesenta del pasado siglo? Porque el asombro, esa capacidad innata que tenemos todos los seres humanos, que consiste en sorprendernos ante las cosas, para después fijar nuestra atención sobre ellas a fin de interiorizarlas y finalmente preguntarnos sobre su sentido y valor para orientar nuestras vidas, es el más eficaz facilitador de conocimiento. Nos convierte en autodidactas si tenemos el entorno y los adultos acompañantes adecuados para satisfacer nuestras necesidades y desarrollar todas nuestras otras capacidades. Esta capacidad se puede potenciar o inhibir según el estilo de vida y la educación que tenga cada persona. Cuando somos niños, se expresa de forma vigorosa a medida que recibimos los estímulos de la naturaleza y de nuestras relaciones sociales. La mente de un niño se llena de ideas —verosímiles la mayoría de las veces— ante lo que despierta su asombro y todavía no entiende, por lo que no deja de maravillarse cuando se encuentra ante un misterio. No busca profanar el misterio con una explicación racional, como la vivisección que mata el ser vivo que analiza, sino que le basta una interpretación plausible.

De ahí que en el *Nuevo Testamento* se diga que a Jesús le gustaba la compañía de los niños (*Marcos* 10:13-16; *Mateo* 19:13-15; *Lucas* 18:15-17), porque de su asombro ante las experiencias que vivían aprendía él mismo a despejar sus propias dudas. Por



esto mismo, quería que los adultos fuéramos como niños: porque sólo así podríamos seguir maravillándonos ante los misterios que él encarnaba, como el de la transubstanciación, la redención de los pecados o la reencarnación. Conviene recordar aquí los versículos de *Mateo* en los que se habla de la infancia como símbolo del estado espiritual que nos salva:

18:1 En aquel momento los discípulos se acercaron a Jesús para preguntarle: “¿Quién es el más grande en el Reino de los Cielos?”

18:2 Jesús llamó a un niño, lo puso en medio de ellos

18:3 y dijo: “Les aseguro que si ustedes no cambian o no se hacen como niños, no entrarán en el Reino de los Cielos.

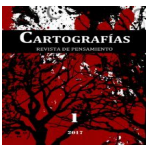
18:4 Por lo tanto, el que se haga pequeño como este niño, será el más grande en el Reino de los Cielos.

18:5 El que recibe a uno de estos pequeños en mi Nombre, me recibe a mí mismo.

(Cfr. Marcos 9: 33-37 y Lucas 9:46-48. Cita tomada de la web Vicaría pastoral).

No se puede negar que L’Ecuyer manifiesta a lo largo de su libro un sincero sentimiento de piedad. Y como madre y católica, debe dolerle hasta el alma que el testimonio de fe que unos progenitores profesan a sus hijos, un testimonio que sólo puede crecer en el asombro, se malogre en la relación con unos maestros y otros padres que han perdido su capacidad de asombro y el impulso genésico de cultivarlo. La autora entiende que el asombro es el primer paso que puede reconocerse de la fe, y también entiende que el asombro es el medio natural que utiliza Dios para disponer el alma de cada persona a su revelación. Sin el asombro, por tanto, se aparta al ser humano del camino de la salvación.

Toda religión, como toda metafísica, necesita afirmar la existencia de la verdad. Pero su búsqueda por parte del hombre nunca concluye, porque siempre remite a una instancia superior que le trasciende. La búsqueda de la verdad, no obstante, tiene una



utilidad, porque enfrenta al hombre con el misterio. Ahora bien, desde el catolicismo se afirma la libertad del ser humano, y ella junto con el pecado puede impedir que el hombre llegue a reconocer a Dios en la belleza de la naturaleza. Por esto mismo, Juan Pablo II en la encíclica *Fides et Ratio* valora el asombro como aquella experiencia personal que aviva el alma y nos familiariza con el misterio. Y por esta razón, L’Ecuyer pone el asombro en el centro de la educación.

Tal vez un título más descriptivo para este libro habría sido “Educar en la gracia”. Pero ese título probablemente no habría permitido llegar a la 19ª edición. La lectura del libro exige asumir el papel de desenmascarador ricoeuriano de las ocultaciones de sentido que envuelven el discurso pedagógico de su autora, enredado en las mixtificaciones de su subjetividad y en los prejuicios no reconocidos que incorpora. Desde esta perspectiva, me sirve a manera de conclusión un proverbio judío que dice: “una verdad a medias es una mentira completa”.

Notas

1. El punto de vista de la autora sobre las labores domésticas y de cuidados está, por cierto, en las antípodas de la llamada economía feminista, desde la que se aborda el conflicto existente entre el capital y la vida y que denuncia la división sexual del trabajo, así como la privatización, invisibilización y feminización del trabajo doméstico, la reproducción y crianza y el cuidado de las personas. Cfr. el libro de Amaia Pérez Orozco *Subversión feminista de la economía* (Traficantes de sueños, 2014).

2. Para contextualizar el culto a la cultura emprendedora y la adaptabilidad laboral de los estudiantes que fomenta la ley Wert, es interesante la lectura del artículo de Juan Argelina “La ley Wert o cómo imponer el modelo neoliberal a través de la educación” (2015). Un estudio en profundidad se encuentra en el libro de Eduardo Luque y María Pilar Carrera, *Asalto a la educación. La reforma educativa del PP* (El Viejo Topo, 2013).